

## Nacimiento

-Es un niño - rugió la partera.

Atender partos era para ella cosa común. Llevaba años en el oficio.

Ese año, 1778, en el Virreinato del Río de la Plata nacieron 1474 niños. Es probable que ella hubiera ayudado en muchos de esos partos. Es probable que ya estuviera curtida en el asunto. Pero los acontecimientos se nos manifiestan mediante signos. Vienen precedidos por cambios que para la mayoría pueden ser imperceptibles. Un cambio repentino de la luz, un sonido, una sensación en la boca del estómago, un escalofrío. Algo nos saca del tiempo cronológico, ése que las agujas del reloj aplastan a cada instante y nos proyecta sobre un tiempo que intuimos de otro orden. Habrá sentido algo, un olor a pólvora, a sal marina y antimonio tartarizado. Habrá olido a libertad. Y cómo huele la libertad. Será el olor a pasto, a estiércol de vaca, a trigo (el olor que sienten los hacendados que tanto defendería). ¿Olor a rotas cadenas?

Los acontecimientos producen cambios y se manifiestan primero en lo singular, en lo que es capaz de abolir la rutina. Y ya desde que entró a la habitación se percibía algo por fuera de lo común.

Recostada sobre la cama aquejada de dolores se encontraba **Ana María Valle**, una de las primeras mujeres letradas que hubo en los primeros años del Virreinato. Sabía leer y escribir. Conocimiento muy raro para las mujeres de esa época.

Era **23 de septiembre**. La mujer recostada sobre la cama era madre primeriza. Había que acompañarla, tranquilizarla y explicarle todo. Este era el primero de los que luego serían 14 hijos.

Nunca sabremos su nombre. Nunca sabremos lo que sintió. Nunca sabremos si presintió algo del acontecimiento que ese día la tuvo como protagonista. No ha pasado a la historia. Lo único que sí sabemos es que fue la primera persona en ver la cara de quien luego sería uno de los personajes más emblemáticos de nuestra historia, **Mariano Moreno**.